

EL CRISTO DEL CEMENTERIO
(por Isidoro Macabich Llobet, año 1904)

TRADICIÓN
I

Eran las primeras horas
de una espléndida mañana,
(el año y el mes son datos
que esta tradición no guarda)
y la vocinglera esquila
que en los Conventos señala
de comunidad los actos,
con bulliciosa algazara
llamaba á los Dominicos,
que en aquel tiempo moraban
en nuestra Ciudad ilustre.
Que fué cosa inesperada
El rudo campanilleo,
demostrábanlo las varias
expresiones de sorpresa
con que cada cual dejaba
sus rezos ó sus estudios,
para acudir á la sala
donde en ocasiones tales
sus consejos celebraban.

Ya todos en sus asientos,
el Prior, con noble pausa
“sabéis, hermanos, les dijo,
que en un desván olvidada
tenemos del Dios y Hombre
una imagen de gran talla,
que esculpida ha luengos años
por un Prior con extraña
habilidad, fué algún día
con devoción custodiada;
mas el tiempo con traidora
labor todo lo avasalla,
y él trocó en olvido el culto
á la imagen veneranda.
El esclavo Alí, que duerme
en la celda donde se halla
el Cristo, con grandes cuitas
me ha confiado esta mañana
que “el Hombre que hay enclavado

en su celda” le amenaza
escrutando su conciencia
con sus ardientes miradas,
enviándole reproches
con voz terminante y clara;
y me ha dicho que se muere
de miedo, si no se aparta
de su lado la escultura
que tanto terror le causa.
Deliberad pues, hermanos:
el caso pensad con calma:
y sepamos si es locura
del buen Alí, ó enseñanza
expresa de Jesucristo.
Él alumbra vuestras almas”.
Dió el Prior a su discurso
fin con aquestas palabras.
Volvieron los religiosos
á sus tareas diarias,
y en sus celdas penetraron
comentariando en voz baja.

II

Ya la esquila había dado
la postrimera señal
con que á los frailes se llama
cada noche á descansar,
y á tan desusadas horas,
contra todo ritual,
transitaban por los cláustros
con empeño pertinaz.
Sepultado el edificio
en completa obscuridad,
solamente de una puerta
mirábase reflejar
á través de las rendijas
una débil claridad;
y enfrente de aquella celda
en silencio sepulcral
apiñábanse los frailes
uno tras otro, al llegar
como visiones extrañas
sin voz y sin realidad,
trozos de sombra que informes

á buscar la sombra van.
Era una noche serena,
perfumada y estival,
llena de dicha y misterio:
noches de esas en que están
los cielos con sus encantos
convidando á meditar
y el mundo en su soñolencia
respirando amor y paz.
En un hueco de una torre,
en completa soledad,
un buho se deleitaba
con su triste vocear;
manso susurraba el viento
en el tupido parral
que con sus vides frondosas
el huerto cercando va,
retozava voluptuoso
entre flores de azahar,
gimoteaba en los claustros
con acento sepulcral;
allá, bajo las peñas
que apoyo al Convento dan,
se alzaba de tarde en tarde
el confuso rebramar
de la resaca, surgiendo
cual del pecho de un titán;
y dentro del edificio,
sin parar su voz jamás,
en el fondo de la sombra,
sin concluir ni empezar,
una péndola danzando
lenta sonaba á compás
con monótono estribillo
su metálico tic, tac.

Reflejábase la luna
por un alto ventanal,
y, bañado por sus rayos
de dudosa claridad,
aparecía aquel grupo
de frailes, mudo, tenaz
en su posición quimérica,
sin vida ni voluntad.
Unos, bajo sus capuchas
medio velada la faz,

cruzadas tienen las manos
en actitud de rezar;
otros, libres sus cabezas,
pendientes los brazos han,
las manos entre los pliegues
de su ropaje talar;
y todos quietos, inmóviles
y callados por igual,
parecen sombras de un sueño
más bien que realidad,
figuras de duro bronce
ó fantasmas que quizás
huyeron de sus sepulcros
de un conjuro á la señal
y esperan la nueva orden
para á sus fosas tornar.
De pronto se abrió la puerta
guardada con tanto afán
y apareció en ella un hombre
presa de horrible penar,
que, al mirar allí á los frailes,
con descompuesto ademán
“mirad, les gritó, acercaos:
comprenderéis si hay verdad
en la causa de mis males.
Yo os prometo por Alá
no volver en esta celda
otra noche a descansar
mientras de ella no se aparte
este hombre. ¡Tened piedad!”
Con religioso silencio
acercáronse al umbral,
y vieron allá en el fondo
en su impía soledad
á la milagrosa efigie,
iluminada la faz,
los ojos, llenos de vida,
con dulcísimo mirar,
y contraída la boca
por amarguísimo afán,
como dejando un lamento
por sus labios resbalar.

Conociendo con certeza
era voluntad del cielo
volviese el sagrado Cristo
á su antiguo culto espléndido,
fundósele con gran pompa
capilla en el cementerio
que de esta historia en los días
tenían en su Convento
los Padres Predicadores,
como sin duda queriendo
cobijase con sus brazos
á los vivos y á los muertos.

CONCLUSIÓN

En la historia que aquí dejo descrita
en pobre estilo y con lenguaje llano,
sólo la tradición santa y bendita
invocada por mí dictó mi mano:
de encanto sin igual, no necesita
del artificio mundanal y vano
y la guardé en mi mente con cariño
desde que la aprendí siendo muy niño.

Tal vez al resbalar de boca en boca
perdió su antigua forma y poesía,
achaque de la humana mente loca,
que por su ilimitada fantasía
altera con su aliento cuanto toca;
no obstante le parece al alma mía
hallar de la verdad la lumbre pura
en el íntimo ser de su estructura.

¿Por qué extrañar que Dios por un oculto
decreto de su ciencia poderosa
inspirara el fervor y nuevo culto
hacia la antigua efigie milagrosa,
para dar por su medio paz é indulto
al alma desgraciada y temerosa,
haciéndola vergel de sus favores,
tesoro de sus místicos amores?

Tal es EL CRISTO venerable y santo,
tal su misión celeste y peregrina:
guiado de esta fé, mi voz levanto
cantando como sé su prez divina:
mi patria le venera y ama tanto,
que como su señor ante él se inclina,

y forma con su nombre y su memoria
las páginas más bellas de su historia.

Penetrad en su gótica capilla,
con dádivas humildes costeadas;
mirad en aquel lienzo una barquilla
en lucha sin igual, desesperada:
azul como los cielos y amarilla
es la enseña en su mástil desplegada:
lucha con un pirata bien armado,
por sus enormes fuerzas alentado;

Mas no temais por ella, no se abate.
Si extranjeros tal vez aquesta historia
desconocéis y el fin de tal combate,
lo guarda con orgullo mi memoria:
burlando con valor el rudo embate,
arrulló á la barquilla la victoria.

¡Son los Riquer que vencen en la liza,
por Cristo peleando y por Ibiza!

Dignos de aquella raza marinera
que, al cruzar con sus buques la bahía,
al CRISTO, que domina la ribera,
del cañón con la ruda gritería
ó con el mudo hablar de su bandera
digno homenaje de su fé rendía.
Estirpe de invencibles capitanes,
invocaban á Cristo en sus afanes.

Sus hijos, los que viven domeñando,
en afanosa lid el mar bravío,
en sus valientes pechos conservando
en tiempos en que es gloria ser impío
la fé tradicional en Cristo, cuando,
siguiendo su misión, por un navío
abandonan su patria y sus hogares;
cuando del fiero mar en los azares

La muerte en su redor cierne su vuelo
y la natura entera despiadada
se complace en su mal; cuando ya el suelo
bendito de la tierra deseada
vuelven á contemplar... es su consuelo
la imagen milagrosa y venerada:
y entre la tempestad ó en la bonanza
ella es siempre su luz y su esperanza.

Mas ¿Por qué fatigar el torpe labio,
si desde el pescador al campesino,
desde el obrero humilde al hombre sabio

este amor reconocen peregrino,
de antigua tradición feliz resabio,
y entregan en sus manos su destino?
¿Si no existe un hogar en que no impere,
ni quien de sus auxilios desespere?
¿Ni madre que al altar no haya acudido
del CRISTO, demandando algún consuelo;
ni enfermo que mirándose perdido
su nombre no pronuncie con anhelo;
ni quien el corazón sintiendo herido
no suavice á sus pies su amargo duelo?

¡Recibe pues, imagen protectora,
el cariño de un pueblo que te adora!

Invocado tu nombre, se detiene
de la terrible peste ponzoñosa
el azote, y á raya se mantiene;
la muchedumbre humilde y fervorosa
te lleva en procesión y al punto viene
la lluvia fecundante y generosa,
apagando el ardor de las sequía
y dando al pueblo pan, paz y alegría.

¡Ojalá se disipe y desvanezca
ese aliento que surge del abismo,
peste de la nación en que aparezca,
el torpe y degradante escepticismo.
En el alma del pueblo reverdezca
el ansia de virtud y patriotismo.
Y lluvia al corazón descienda pía
para calmar allí tanta sequía!

Y ¡Plegue á Dios que el que hoy tus glorias canta,
con lengua torpe terrenal e impura,
el anhelo que aquí su voz levanta
y que forma el afán de su ventura
pueda cumplir: bajo tu sombra santa
luchar y en la mansión de lumbre pura
gozar después sin velo ni apariencias
del verdadero Cristo la presencia.